



BIBLIOTECA

DC 38  
H 4  
V. 5

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

131980



Procesión de los Estados Generales en Versalles, según un croquis de Marold

## HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

POR M. ADOLFO THIERS

### PRÓLOGO

ESCRITO POR DON EMILIO CASTELAR

I

El sentido vulgar toma la palabra revolución, tantas veces repetida en nuestros oídos, por la alteración más ó menos brusca de la paz pública y el cambio más ó menos violento de las instituciones y de los gobiernos. Pero, á decir verdad, esta prestigiosa palabra tiene acepciones mucho más filosóficas y sentidos mucho más latos y universales. Puede haber una revolución radical sin que la paz pública se resienta, á la manera que el planeta se mueve sin que sintamos el movimiento. La sociedad humana es condensación de ideas, como el globo terráqueo es condensación de gases. Una revolución sucede muchas veces en el espíritu cambiando sus creencias, y no trasciende á los hechos sino muy tarde, y no cambia, por de pronto á lo menos, el orden de las cosas. Nadie puede negar que las renovaciones científicas son fases esencialmente revolucionarias del espíritu, por consecuencia de la sociedad, y sin embargo, en nada alteran el orden regular ni cambian las instituciones, aunque lentamente, y por influjo misterioso, todo lo transforman. Llamen los astrónomos revolución al movimiento diurno de rotación que los planetas verifican sobre su eje y al movimiento anual de traslación que verifican en torno del sol. Dividen, por ejemplo, los períodos en que las grandes revoluciones siderales se verifican en ciclos de diez y ocho años. Y cuando han acabado de estudiar, desde lo infinitamente grande

hasta lo infinitamente pequeño, se elevan á reconocer y á proclamar el cambio y el movimiento universal.

Pues bien; algo análogo á la idea de los astrónomos es nuestra idea cuando tratamos de comprender y de explicar la revolución. Á todas las renovaciones progresivas del espíritu humano les llamamos revolución, como reacción á todos sus movimientos retrógrados. La idea, el alma de las cosas, su esencia misteriosísima, se mueve en movimiento eterno desde el seno de la Naturaleza, donde está como embrionaria é incipiente, hasta el seno de la ciencia, donde llega á su completa plenitud. Los cambios en sus relaciones con la naturaleza, los cambios en el sentimiento, en el arte, en la religión, en la ciencia, son revoluciones tan profundas y trascendentales como los cambios en el Estado. El invento de un telescopio, que escudriña la profundidad de los cielos, y de una máquina, que sojuzga las tormentas de los mares, significa una revolución profunda en nuestras relaciones con la Naturaleza. Revolución fué y grande el estallido de la pólvora, y la fijez de la brújula y los tipos de la imprenta y la máquina de vapor y el hilo telegráfico y el pararrayos, y todos esos inventos por los cuales ejercimos un dominio mayor sobre el Universo. Revolución fué y trascendental y profunda la resurrección de la eterna Psiquis, la aparición de la divina Grecia, como la aurora del nuevo día del espíritu en la tarde última de la Edad Media. Revolución la reforma religiosa y revolución el grito lanzado



por los naturalistas y por los filósofos contra la antigua ciencia escolástica; revoluciones como las que transforman los átomos en nuestros huesos y renuevan la sangre en nuestras venas y elevan los astros á su cenit y enlazan unas de otras las estaciones y arrastran en su movimiento todos los seres: que la metamorfosis universal muestra con demostración incontestable cómo todo está sujeto á las revoluciones en el universo.

Dominaba, por ejemplo, el sentido naturalista en la religión con el paganismo y vino Cristo á substituirle el sentido espiritualista. Pues consumó una revolución. Dominaba la patria potestad absoluta en la familia y vino el derecho moderno á dulcificarla. Pues consumó una revolución. Y desde el siglo xv el espíritu nuevo viene oponiéndose al espíritu de la Edad Media y á sus dos personificaciones naturales, el Pontificado y el Imperio, en una continua revolución. Así, durante la Edad Media, estos dos elementos pasaban de la amistad al rudísimo combate y del combate á la armonía, de la influencia predominante del uno á la influencia predominante del otro. Después de estos dos grandes tutores de Europa venían, ó bien los reyes que dominaban á las naciones, ó bien las oligarquías que dominaban á las ciudades, cuando no eran los podestás, los cónsules, los tiranos de diversas categorías y clases. Así como el Emperador pretendía predominar sobre el Papa y el Papa sobre el Emperador en Europa, los poderes civiles pretendían dominar sobre los poderes religiosos en cada nación ó en cada ciudad. El obispo había heredado el antiguo cargo romano llamado en latín «defensor civitatis.» Y en virtud de este cargo, que provenía del sentido social dominante, lo penetraba todo y lo imbuía todo del espíritu religioso. El arte era hierático, como en el antiguo Oriente. El arquitecto se consagraba en primer lugar y en cumplimiento de su primera vocación á levantar esos poemas de piedra que llamaban catedrales góticas.

El pintor y el escultor animaban las tablas y los mármoles con la oración, con la penitencia, con los misterios teológicos, con las efusiones místicas. La ciencia se llamaba con orgullo sierva de la teología. Una aristocracia hierática dominaba las conciencias, como otra aristocracia guerrera dominaba las tierras y constituía el feudalismo. Á la idea de propiedad iba unida la idea de jurisdicción. Y esta jurisdicción se extendía desde el suelo inerte hasta el alma libre. Los siervos formaban parte de los campos y los campos pertenecían en propiedad absoluta al señor feudal. Había municipios y democracias frente á frente de estas tiranías aristocráticas; pero fundadas también, por virtud de la universalidad del sentido social, en bases completamente feudales. El Papa combatía con el Emperador, el Emperador con los reyes, los reyes con los señores feudales, los señores feudales con los pecheros y los siervos en guerra inhumana, cruenta. Tal era aquella Edad Media contra la cual debía despertarse y dirigirse el espíritu de la sociedad moderna, como la Edad Media se despertó y se dirigió constantemente contra el espíritu de la sociedad antigua en la renovación á que están sujetas las ideas en las conciencias como los átomos de la naturaleza.

Lo primero en brotar fué el germen de toda la vida moderna, la semilla de toda la sucesiva democracia que

se encerraba por completo en los municipios y en las ciudades.

A este germen primitivo sucedieron tres inventos que minaron las bases de los antiguos poderes públicos y permitieron al siervo medirse con el señor. Fué uno la pólvora, aquella substancia explosible, rayo, relámpago, trueno, que armaba de un poder misterioso las callosas manos del siervo y que cuarteaba las piedras del castillo feudal de los señores. Fué otro la brújula, que facilitando la navegación, facilitaba el comercio, y facilitando el comercio, sobrepónía la fuerza del trabajo á la fuerza de la guerra. Fué el último la imprenta, que llevaba el libro á todas las manos y al par del libro llevaba también la levadura de las ideas con la cual amasaba un alimento nuevo y antes no gustado para las almas, y facilitaba su comunión con el espíritu universal é imbuía el vivo sentimiento del derecho. Coincidiendo con estas invenciones, anteponiéndose en parte y en parte posponiéndose, venía el Renacimiento á unir nuestra vida con la vida pasada, á mezclar el paganismo con el cristianismo, á dar á los hombres de este tiempo la forma de los antiguos dioses en aquellas artes plásticas, apoteosis verdaderas de la humanidad.

Y al Renacimiento, que transformaba las artes, sucedió la Reforma religiosa, que transformaba las conciencias. Y á la Reforma, que transformaba las conciencias, sucedió la filosofía cartesiana y baconiana, que transformaba los entendimientos. Y á cada una de estas fases de la idea en la Naturaleza y en el sentimiento, en el arte, en la religión, en la ciencia, otra en el Estado, y al conjunto de estas transformaciones varias, la transformación social. Primero los reyes pelearon con los nobles, constituyendo los grandes Estados modernos en los cuales debía brotar la idea de la nacionalidad. Luego los pueblos protestantes debían combatir con los Estados católicos, y á consecuencia de esto desarrollarse contra Felipe II la república holandesa; contra los Estuardos y sus auxiliares la Francia y la España, la monarquía constitucional británica; contra el Austria, la monarquía absoluta prusiana, de fuerza verdaderamente militar pero de espíritu moderno, tanto por su carácter religioso como por su tolerancia con la filosofía. Y dominadas las fuerzas de la materia con verdadero imperio, transformado el derecho civil, reguladas de nuevo así la propiedad como la familia, emancipadas las conciencias de la autoridad espiritual que dirigía toda la Edad Media, roto el yugo hierático y erguido el ser humano en su pedestal clásico, rey de la Naturaleza y centro de la sociedad, agolpándose á los corazones como una sangre nueva el sentimiento de igualdad, y luciendo en las frentes como nueva luz la idea de las libertades intelectuales, hallábase el mundo preparado á recibir la visita del nuevo elemento terrestre, de la nueva idea progresiva, del alma social que había estado como latente en todas estas transformaciones, de la democracia, que apareció con sus dos ideas de libertad é igualdad en la inmensa escena del Nuevo Mundo, casi en un nuevo planeta, en América, para venir luego en alas de la mayor tempestad que han conocido los siglos, en alas de esa revolución francesa, cuya historia todos llevamos en la mente, cuya leyenda en la fantasía, cuyos nombres en los labios, á transformar y renovar con radicales metamorfosis el viejo continente.

## II

Evidentemente el progreso histórico no puede ser un progreso rectilíneo. En la sociedad humana entran fuerzas contrarias como en la mecánica celeste. El entendimiento se desarrolla por antítesis y por antítesis la sociedad, que al fin y al cabo es la encarnación de nuestra naturaleza. Ved cómo las ideas llevan en sí mismas sus contrarias y las cosas en sí mismas sus límites. Ved cómo tal principio de contradicción se realiza en la lógica y se realiza en el universo. Ved cómo la reacción sigue á la acción, lo mismo en las operaciones químicas que en las operaciones sociales. De consiguiente, la revolución francesa no es tan sólo el impulso progresivo que mueve la sociedad hacia adelante desde la ascensión de Turgot hasta la muerte de Robespierre, sino la reacción que sucede y que entra en los movimientos revolucionarios, como el reflujo entra en los movimientos oceánicos. Llega un momento supremo y nuestra naturaleza cansada necesita del sueño: llega otro momento supremo, y cansadas las sociedades, necesitan del reposo y se entregan á las reacciones. No diré yo que formen parte integrante de las revoluciones, como las sombras del cuadro, como la antítesis de la tesis, como el sueño y la muerte de la vida, como la repulsión de las fuerzas cósmicas, como la reacción de las operaciones químicas; pero sí diré que no conozco revolución alguna la cual no haya sido acompañada de aquello que la constituye esencialmente, de una suspensión, de un retroceso, de una serie de retrogradaciones llamadas en la lengua política reacción.

Quizá son necesarios estos descansos ó estos retrocesos para la solución final que entrañan todas las revoluciones. Cuando las guerras civiles han desgarrado la república romana; cuando el Senado ha caído porque ni Mario ni Sila pudieron sostener á los plebeyos y á los patricios sino con las peligrosas armas de la dictadura; cuando no bastó la elocuencia de Marco Tulio, ni la virtud de Catón Uticense, ni la popularidad de Pompeyo á salvar las libertades romanas manchadas por los excesos demagógicos de Catilina y sus cómplices, el genio funesto, pero al cabo genio inmenso, de César realizó una revolución, la revolución imperial, que tuvo sus momentos de reacción, como fase necesaria de estas épocas genésicas, en el período comprendido desde la muerte del dictador hasta la muerte de Bruto, y en el cual parece por breve instante próxima á renacer la antigua República con todas sus austeras y venerandas instituciones.

Lo mismo sucedió, exactamente lo mismo, en la revolución cristiana. Rompe su larva de las catacumbas, rasga los cendales del martirio, sube al trono con el sucesor de su emancipador Constantino, define y compendia todos sus dogmas en el Concilio de Nicea, lleva su espíritu innovador así al hogar de las familias como á las luminosas esferas de las artes; y cuando parecía más vencedora su idea, más completo su credo, más vencido el genio pagano, cuyos templos abandonan los antiguos adoradores y cuyos dioses pierden la antigua aureola, sobreviene el neopaganismo con Juliano, con su virtud, con su elocuencia, con sus vastas ideas, á recoger el movimiento reaccionario opuesto por la escuela alejandrina al movimiento cristiano y á elevar-

lo al trono, desde cuyas cimas conjura á la creación entera para que vuelva á recibir los genios que palpitaban en sus átomos, y á la conciencia para que reedifique en el universo y en el arte los antiguos altares consagrados al Dios-Naturaleza.

Esta ley no se desmiente en nuestro tiempo. La revolución monárquica contra la aristocracia empieza en Castilla, así que la monarquía se robustece por la reconquista. Reyes como Alfonso VI sembrarán á los cuatro vientos desde su trotón guerrero, espumoso todavía por la agitación de los combates, las cartas-pueblas; reyes como Alfonso VIII mandarán fijar el derecho señorial fundado en la costumbre, medida que equivalía á destruirlo, y llamarán á las Cortes de Cuenca al estado llano; reyes como Fernando III regularán la presencia permanente de los plebeyos en las Cortes y tratarán de uniformar el derecho civil para destruir y soterrar á los señores; reyes como Alfonso X escribirán en las Partidas la norma idealizada de la nueva monarquía que ha de substituir al rudo feudalismo; reyes como Alfonso XI realizarán este ideal en su Ordenamiento de Alcalá, y reyes como Pedro el Cruel llevarán á sangre y fuego esta revolución por sus Estados segando cabezas de nobles con su espada, sin que puedan todos ellos evitar la reacción aristocrática representada por los Trastamaras y en vano combatida por Álvaro de Luna; reacción que sucede á todos estos gigantesco esfuerzos y que dura desde mediados del siglo xiv hasta fines del siglo xv en que los Reyes Católicos fundan sobre la cerviz de la aristocracia humillada y los despojos de las órdenes militares destruidas el nuevo Estado representado por las modernas monarquías.

Y lo mismo sucede, exactamente lo mismo, en la revolución religiosa del siglo xvi. Al estallido de grandes ideas, á las innovaciones temerarias, á la voz tempestuosa de Lutero, al genio de Mauricio de Sajonia, al saco de Roma en que parecen los soldados del Emperador católico cumplir las sentencias de los reformistas y derrocar la nueva Babilonia, al «Interim» que demuestra cómo hasta en las conciencias más refractarias ha penetrado el soplo creador de un alma enteramente nueva, y cómo ha vuelto un cristianismo evangélico contrario al cristianismo imperial representado por los Papas, á todos estos progresos sucede bien pronto la reacción promovida por Felipe II, que lleva sus ideas hasta el trono de Inglaterra con la siniestra María, y al trono de Francia con la funesta Catalina, y al trono de Florencia con los degenerados Médicis, y al trono de Austria con los serviles infantes de España, hasta parecer que el jesuitismo iba á cubrir la Europa entera y el Papa á recobrar con Pío y Sixto V un poder absoluto como no lo había tenido desde los tiempos en que la supersticiosa Edad Media le entregó, sometida y esclavizada, la humana conciencia. Y, sin embargo, en este tiempo se preparan los tres grandes hechos que han de consagrar la victoria de la Europa moderna: el advenimiento de la filosofía racional contraria á la filosofía escolástica, y la fundación de la república y la monarquía protestante en Holanda y en Inglaterra.

Lo mismo, exactamente lo mismo, sucedió en la revolución francesa. Á su movimiento de acción debió seguir un movimiento de reacción; á sus años de gran-



des inspiraciones, sus años de eclipse. Las imaginaciones florecieron muy pronto, los frutos maduraron como consecuencia necesaria de este adelantado florecimiento; pero el cierzo y el hielo sobrevinieron, y en gran parte acabaron por desgracia con aquella riquísima cosecha. Una república democrática fué substituída por un imperio militar; y la agitación del pensamiento por la agitación de las campañas, y el brillo de las ideas por el brillo de las bayonetas, y el gobierno de las democracias por el gobierno de los Césares, y la propaganda por la conquista, y la voz de la tribuna por la voz de los cañones, y aquel anfictionado de los pueblos con que soñaban las almas generosas por una especie de dios guerrero que así tenía en sangre los desiertos como los aludes, y así pasaba sobre las Pirámides como sobre los Alpes, y así corría á las orillas del río Beresina como á las orillas del Mar Rojo, y así fulminaba sus rayos desde las cimas del Pirineo como desde las cimas del Tabor; titánico genio, creyéndose á sí mismo un Prometeo desencadenado con derecho á encadenar á la humanidad y á tener en esta obra de esclavitud y de retroceso por cómplice á Dios y por meta una monarquía universal, bajo cuya corona se viese brillar una omnipotente democracia.

Pero al fin y al cabo esta obra suya no fué más que una obra de reacción. Los tiempos guerreros renacían en la edad del trabajo. La consagración del bárbaro principio de la fuerza reemplazaba á la consagración del gran principio del derecho. Los pueblos quedaban á merced completamente de la conquista. Proclamábase el sufragio universal como una sanción más de la omnipotencia cesarista, y las ideas del 89 como un matiz más de la aureola que llevaba sobre sus sienes mesiánicas el César omnipotente. Una aristocracia de cuartel reemplazaba á la antigua aristocracia del nacimiento y de la cuna. Un Carlo-Magno de club lograba que el Papa ciñese la corona de los emperadores católicos á la frente cubierta por la sombra del gorro frigio. Una monarquía se fraguaba á la alta temperatura de la guerra y en la boca humeante de los cañones. Pero en medio de todo, en esta atracción y repulsión de las fuerzas sociales, en este flujo y reflujo de las pasiones políticas, en este apogeo y perigeo de la nueva sociedad quedaban definidos y consagrados, como el Decálogo en las cumbres ardientes del Sinaí, un número de principios á los cuales tenían ya que obedecer por fuerza desde aquel día en adelante la conciencia y su encarnación necesaria, la humana sociedad. Por mucha reacción oriental que se haya querido mezclar á la vida griega, queda Grecia y su aparición en la historia como una de las primeras iniciaciones del hombre en el arte; por mucha reacción pagana que se haya querido mezclar al cristianismo, queda Cristo como el revelador del espíritu y de su origen y su fin divinos; por mucha reacción católica que se haya querido poner á la reforma, queda Lutero como el revelador de la conciencia humana y de su individualidad; por mucha reacción monárquica que se haya levantado contra la revolución francesa, quedan sus grandes apóstoles, sus tribunos, sus filósofos como los fundadores de la moderna democracia, y el espíritu de la revolución como la plenitud del espíritu moderno.

La revolución tuvo su período de iniciación en los

grandes filósofos que divulgaron la ciencia y la convirtieron por medio de la Enciclopedia en el sentido común; su período de preparación en los reyes filósofos, verdaderos impulsores de esta tendencia laica que ha concluído con el antiguo espíritu de la Edad Media; su período de explosión desde la subida de Turgot al ministerio hasta la noche del 4 de agosto de 1789 en que proclamó la Asamblea Constituyente los derechos fundamentales humanos; su período de solución desde el 4 de agosto hasta la muerte de Robespierre; su período de reacción desde la muerte de Robespierre en adelante, época que está representada por estos tres términos fatalmente enlazados: el Directorio, el Imperio y la Restauración.

### III

Descomponíase en la última centuria, cuando aparentemente era más fuerte, la monarquía absoluta. La sociedad moderna la había creado desde el siglo XIII al siglo XV, la había sostenido durante tres siglos con verdadera pujanza, y comenzaba á fines del siglo XVII á destruirla. No hay cosa alguna tan durable como estas obras, las cuales nacen y mueren, á manera de las obras cósmicas, en el seno de la sociedad tan próspera y tan fecunda como el universo mismo. Antes del siglo último la institución monárquica recibió mortal herida. Un rey subió en pleno siglo XVII del trono al cadalso. Muchas veces los reyes habían ajusticiado á los reyes, como el primer representante de la dinastía angevina al representante último de la dinastía de Suabia en las plazas de Nápoles, y como el primer representante de la bastarda dinastía de Trastámara al representante último de la antigua dinastía de Borgoña en los campos de Montiel. Pero hasta entonces no se había visto un pueblo en revolución, un Parlamento en armas, un ejército regular, unos jueces legalmente constituidos, ajusticiar á un rey como Inglaterra ajustició á Carlos I; suceso de una inmensa resonancia en todos los tiempos y de una inmensa trascendencia á toda la historia. Sin embargo, como este hecho sucedió en una isla que aparece tan apartada del continente, así por su posición geográfica como por el carácter individualista de sus isleños, no tuvo en la vida el inmenso influjo que hubiera tenido de suceder y realizarse en el centro de nuestro continente y en pueblo tan comunicativo como el pueblo francés. La monarquía, á pesar de la primera revolución británica, continuaba fortaleciéndose en toda Europa, con el gobierno de Luis XIV en Francia, con la voluntad de Felipe V sucediendo á la impotencia de Carlos II en España, con el vasto pensamiento de Pedro el Grande en Rusia, con María Teresa y Federico el Grande, en pugna siempre, que la afirman y robustecen por todo el Norte y el Oriente de Europa. Mas ¡ay! esta fuerza y esta pujanza son aparentes, y en realidad más que la robustez indican la violencia, precursora de irreparables catástrofes.

Sucedió en el siglo XVIII la inmolación de un pueblo heroico, la inmolación de Polonia. Tres reyes la dividieron, la desmembraron, y se repartieron sus despojos, como los sayones romanos la túnica de Cristo. Aquella desmembración de una grande nacionalidad histórica, aquel trucidamiento de un pueblo vivo cuyo ánimo nos

había defendido en mil ocasiones y nos había salvado de mil catástrofes, aquella repartición de sus miembros despedazados y sangrientos entre los déspotas que rugían como fieras; toda aquella pasión y muerte de la heroica Polonia, comparada á la pasión y muerte de Cristo, dejó tal huella de sangre en la tierra y tal eco de maldiciones en la conciencia, que temblaron los mismos verdugos al ver el cadáver y se enardecieron los pueblos en ira al sentirse entregados á todos los caprichos de la tiranía y á toda la fatalidad de la fuerza. Lo cierto es que la monarquía europea, tan poderosa antes, comenzó á decaer desde esta hora angustiosa y suprema.

A Luis XIV sucedió un rey como Luis XV, creído de que su autoridad tradicional estaba llamada á un juicio definitivo y á una condenación inapelable, pero deseoso de aplazar una y otra para después de su muerte y para su inmediato sucesor. La penetrante mirada de aquel rey epicúreo no podía desconocer la triste suerte de la secular institución que representaba. El espíritu moderno en unas partes había dudado acerca del derecho hereditario y en otras lo había negado rotunda y definitivamente. Con esto la monarquía quedaba destruída. Muchas guerras de sucesión hubo en el mundo, pero ninguna tan funesta al principio monárquico como la guerra de sucesión en España. Los reyes dudaron del mejor derecho cuando la ciencia comenzaba por llevar al sentido común la radical negación de ese derecho. Y con este suceso trascendental se abría un siglo que debía cerrarse con el ajusticiamiento de un rey elevado en brazos de sus antiguos vasallos á la ignominiosa guillotina. Tras la guerra de sucesión vino la paz de Utrecht provocada por exigencias europeas, y en la paz de Utrecht la diplomacia monárquica acabó de matar y de enterrar la monarquía antigua. Impusieron á Felipe V, por interés de los pueblos europeos, un sacrificio que sacrificaba el derecho tradicional, un sacrificio costoso á su corazón: la renuncia al trono de Francia, aunque el trono de Francia le tocara por derecho propio. La autoridad legítima y divina desaparecía ante la conveniencia nacional. Y ya se dibujaba entonces la decadencia en la persona del regente, epicúreo, ambicioso, incrédulo, adherido á los principios revolucionarios, indiferente con los principios, tan cercano al trono que casi lo poseía y lo gozaba, y tan enemigo del trono que ponía en sus bases toda la pólvora á cuyos estallidos iba á saltar en mil pedazos; de sangre real como la sangre de los monarcas legítimos, y de instintos demagógicos como los últimos conspiradores plebeyos; nacido en los palacios y privado de la corona; tan rico en su grandeza como los mismos á quienes envidiaba, y proscrito de la supremacía por la fatalidad del nacimiento; circunstancias gravísimas conjuradas para producir la descomposición irremediable de la antigua monarquía francesa. Felipe V de España, inspirado por los consejos de su primer ministro Alberoni de Parma, sintiendo en su mente los vapores que se elevaban del trono en esta tierra predestinada desde la aparición de la Reforma á ser la tierra por desgracia de la reacción europea, maquinó vastísimo plan para el cual parecía haber fuerzas en el imperio que aún llenaba entonces dos mundos con su sombra; maquinó la restauración del catolicismo, la apoteosis

del derecho hereditario, la expulsión del regente en Francia, el restablecimiento de los Estuardos en Inglaterra, la venganza tomada de Alemania azuzando en su contra la fiera del Norte que se llamaba Carlos XII de Suecia, la persecución de todas las ideas enciclopedistas cuyo alcance adivinaba con esa previsión profética que naturaleza da á cuantos han de promover y ayudar una obra reaccionaria en el mundo.

Pero abortado este plan y destruído el poder de Alberoni, la monarquía siguió su rápida decadencia. Lo mismo contribuyeron á ella los reyes eminentes que los reyes vulgares. Los vicios de los unos la quebrantaron y la perdieron las ideas elevadas de los otros. Por de pronto, cuando extinguida la casa de Orange, se apeló por razón de su protestantismo á la casa de Hannover, el rey legítimo por la herencia, llamado pretendiente por el vulgo, su derecho herido y condenado en los campos de batalla, su persona caballerisca obligada á retirarse, su familia entera reducida á extinguirse en la emigración y á tener un sepulcro de mármol en San Pedro; todos estos hechos, de un carácter tan dramático y de una trascendencia tan universal, eran los seguros indicios de una decadencia irremediable y de una muerte segura para la sacra legitimidad sobre cuyos cimientos descansan las antiguas monarquías.

Y así es que todos los hechos parecen vaciados completamente en esta decadencia universal como en su verdadero molde. Carlos VI de Austria desconoce el antiguo derecho hereditario, reuniendo por su testamento feudos adscriptos á la línea varonil en una mujer, en su hija María Teresa. Carlos III desconoce los intereses de la autoridad y de la monarquía, expulsando de España y sus Indias los ejércitos de la reacción universal, los jesuitas. Federico II de Prusia, el mayor de todos los reyes, también es el mayor de todos los revolucionarios, al dejar fundada la potencia que ha de humillar al Austria y sostener el espíritu moderno en Alemania. Carlos XII y Pedro el Grande rasgan los tratados, violan los derechos, roban á los reyes sus hermanos á guisa de piratas y bandoleros por mar y tierra, talan, saquean, incendian, asesinan, demostrando á los pueblos, ya mayores de edad, cómo sus monarcas no guardan ni saben guardar ningún humano respeto. María Teresa considera las nacionalidades como un predivo y los ciudadanos como un ganado, y cree tener sobre ellos aquel derecho de abuso reconocido por los legisladores romanos como signo característico de la propiedad. José II consuma la perdición de todas las monarquías, quitándolas con su espíritu reformador el apoyo de la Iglesia y conduciéndolas con sus ambiciones á mortales crisis. Lo cierto es que en los hechos capitales del siglo interviene la política de los reyes, y que en la política de los reyes falta por completo la idea y el sentimiento de justicia. En la guerra de sucesión española, en la guerra, también de sucesión, austriaca, en el repartimiento de Polonia, en la conquista de Silesia, en los conflictos de Rusia con Turquía, en las ambiciones de Suecia, en las diversas maniobras del Imperio, así al promover las cuestiones con Baviera como las cuestiones con los Países Bajos, en toda la política, desde las guerras hasta las paces, desde las pragmáticas hasta los tratados, reinan la injusticia, la crueldad, la ira, la venganza, las pasiones más bajas, el